

Por sus características y su virulencia, la guerra desatada en 1980 por Sendero Luminoso no tiene parangón en nuestra historia. Quizá eso explique la, por decir lo menos, ineficiente respuesta del Estado y la sociedad. El historiador Antonio Zapata reseña en este artículo las enormes diferencias entre los movimientos insurreccionales de la década de los sesenta y las prácticas terroristas y hasta genocidas de Sendero Luminoso.

## Conflicto armado interno y respuesta del Estado antes de Sendero Luminoso

Antonio Zapata

**E**ste artículo centra la atención en la interrelación entre los actores armados en las dos últimas tentativas insurreccionales en el país. Ambos procesos fueron iniciados por partidos ideológicamente vinculados al marxismo revolucionario, pero fueron diametralmente distintos. Las concepciones y estrategia de los subversivos carecieron de similitud. Por otro lado, las Fuerzas Armadas encararon el desafío también de modo muy diferente y, como consecuencia, el resultado político fue inverso.

### Las guerrillas de los sesenta

En los años sesenta hubo varios alzamientos armados de inspiración izquierdista.

En 1963 fue capturado Hugo Blanco, quien había dirigido una toma de tierras en gran escala en el departamento cusqueño de La Convención. Lo suyo no fue una guerrilla propiamente dicha sino una lucha campesina que culminó en algunos pocos enfrentamientos armados. La Policía misma capturó a Blanco para ser juzgado y condenado a veinticinco años de penitenciaría<sup>1</sup>.

Después de varias intentonas de grupos distintos, en 1965 la guerrilla del MIR desplegó una insurrección clásica, aplicando la teoría del foco elaborada por Ernesto *Che* Guevara y popularizada por Regis Debray. El líder del MIR era Luis de la Puente Uceda, quien había dirigido una

corriente juvenil que se apartó del APRA y se vinculó a la Cuba fidelista al comenzar los años sesenta.

Se trataba de jóvenes idealistas que se fueron al monte a vivir una aventura revolucionaria. Ellos intentaron congeñar con un campesinado que conocían poco. Para aquel entonces, el campo peruano estaba sacudido por la quiebra del sistema terrateniente. Un arcaico sistema agrario se estaba viniendo abajo, muchos campesinos migraban a las ciudades y otros se levantaban para recuperar

<sup>1</sup> Antonio Zapata es historiador y conductor del programa *Sucedió en el Perú*, que se emite por canal 7.



Foto: Diario Correo

tierras por medio de invasiones mayormente pacíficas.

Sin embargo, los campesinos y los guerrilleros del MIR no llegaron a entenderse; cada cual fue por su lado. Mientras los campesinos obtuvieron progresivamente sus principales objetivos, los guerrilleros quedaron aislados y fueron derrotados con sorprendente facilidad.

Por su parte, las Fuerzas Armadas habían modernizado su organización durante los años anteriores. En los años cincuenta había surgido el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), donde los oficiales jóvenes se especializaban con un nuevo enfoque que hacía del tema de la seguridad nacional un asunto

vinculado al desarrollo económico. A su vez, en esos años surgió la noción del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas como organismo que vincula a las instituciones militares y les permite realmente funcionar como fuerzas armadas integradas. Por ejemplo, en 1948 el golpe de Manuel Odría fue una decisión personal de un jefe que arrastró al conjunto de los uniformados. Por el contrario, el golpe de 1962, el de los generales Pérez Godoy y Lindley, fue una decisión institucional de las Fuerzas Armadas, que formaron un gobierno transitorio investido de esa condición.

Estas dos transformaciones fueron previas al estallido de la guerrilla y le permitieron al

Ejército encarar su desafío sin perder su razón de ser. Así, el Ejército combatió a los guerrilleros y vino a entender que en más de un punto los insurrectos tenían razón. Por ejemplo, después de la derrota de Hugo Blanco los militares aplicaron una profunda reforma agraria en el valle de La Convención. Asimismo, el enfrentamiento con el MIR fue ocasión para que una amplia capa de jóvenes oficiales acceda a la oportunidad de conocer el Perú agrario y comprender que las condiciones sociales en el campo eran insostenibles.

En ese sentido, el Ejército dejó de lado su papel como socio menor del poder oligárquico para madurar la deci-

sión de terminar con ese poder y cambiar al país, a imagen y semejanza de su propio proceso de modernización. En este sentido, la revolución de Juan Velasco de 1968 es heredera de las guerrillas de los sesenta. Es decir, Velasco no fue un heredero directo de las guerrillas sino de su efecto sobre el Ejército. Así, sucede que los polos opuestos se modifican a través del enfrentamiento. Quien pierde desaparece, pero quien gana no sigue siendo el mismo, sino que se transforma gracias precisamente al conflicto.

Este concepto ha sido formulado ya en distintas versiones por las ciencias sociales peruanas. Por ejemplo, Héctor Béjar, que había sido guerrillero, fundamentó con este argumento su adhesión a los planteamientos del velasquismo<sup>2</sup>. Pero el gobierno militar fracasó en sus ambiciosos objetivos. Modernizar el Perú resultó mucho más

difícil que transformar a las Fuerzas Armadas.

Así, la antigua estructura terrateniente desapareció sin ser reemplazada por un nuevo orden social agrario. Los campesinos ganaron la tierra pero, paradójicamente, se empobrecieron de manera radical, porque el Estado impuso un régimen de profunda desigualdad en el intercambio económico entre la ciudad y el campo. Se fueron los gamonales y el campo perdió líderes económicos sin ganar nuevos; solo llegaron los administradores de la nueva pobreza campesina.

Por su lado, en el medio urbano, el velasquismo naufragó en su empeño por ampliar el capitalismo e industrializar al país. Al calor de las promesas y del nuevo lenguaje que surgía desde el poder, muchos trabajadores se organizaron sindicalmente y aparecieron nuevos grupos de izquierda radical, distintos

aunque, en alguna medida, emparentados con los guerrilleros de los sesenta.

### La presencia de Sendero

En el variado panorama de la izquierda peruana de los años sesenta y setenta, Sendero era un grupo muy particular porque era el único que tenía su dirección ubicada en una ciudad de provincia, en este caso en Ayacucho. Este relativo aislamiento les permitió cohesionarse y conformar un equipo muy cerrado y exclusivo. Ese grupo de dirigentes luego sería crucial, porque funcionó como una familia que insurrecciona unida contra todo y todos los demás.

La característica de grupo cerrado también facilitó el temprano mesianismo de Abimael Guzmán. Continuando la tradición estalinista, el líder fue dotado de plenos poderes internos. Pero en Sendero la tradición autoritaria llegó al paroxismo y Guzmán fue transformado en un semidios que se sintió la quinta espada del marxismo<sup>3</sup>.

Durante los años setenta, la mayor parte de los grupos de izquierda tenían un lenguaje revolucionario y una práctica sindicalista. Es decir, en la vida política de todos los días se defendían derechos gremiales, y en los mítines y congresos se proclamaban discursos encendidos que servían para tranquilizar la autoconciencia ideológica.



Foto: Comisedh

Hugo Blanco dirigió una toma de tierras en el departamento cusqueño de La Convención.



Foto: Revista Caretas

Pero Sendero era distinto. No participaba de los intensos y elaborados debates doctrinarios que mantenían los izquierdistas; estaba aislado en Ayacucho preparándose en silencio. Sendero había abrazado la causa de la guerra popular del campo a la ciudad y querían calcarla de la experiencia china. Es decir, Sendero conocía poco al Perú integral y no había registrado las profundas modificaciones sociales de las últimas décadas. Por ello, sus planes consistían en repetir lo que entendían había sido la práctica maoísta.

Cuando Sendero inició su lucha armada ya había aparecido el narcotráfico, que se constituiría en un actor de primer orden en la guerra interna subsecuente. La droga significó un negocio de primer orden en un campo sin oportunidades económicas.

Al estallar el alzamiento senderista, los subversivos aplicaron desde el comienzo una estrategia terrorista, que había estado fuera de la óptica de los guerrilleros de los sesenta. Sendero buscó atemorizar a la población a través de una cadena de asesinatos de autoridades, coches-bomba y dinamitazos que estremecían a la gente y planteaban un gran desafío a las fuerzas del orden, porque atacaban y desaparecían sin mostrar el rostro.

### El ingreso de las Fuerzas Armadas

Por su parte, en 1980 las Fuerzas Armadas se habían retirado de la escena política sintiéndose derrotadas. De nuevo en sus cuarteles, fueron rápidamente solicitadas para una corta escaramuza con el Ecuador en el conflicto llamado del Falso

Paquisha. Dos años después, mientras la Policía era arrinconada en Ayacucho, Belaunde llamó a las Fuerzas Armadas a controlar el orden civil en las zonas en emergencia.

El terror de Sendero significó un desafío notablemente distinto para las Fuerzas Armadas de lo que habían sido los retos del sesenta. No solo era más difícil encontrar al enemigo, sino que provocaba terror en la población civil y en los mismos uniformados. Abrumadas por el pesar provocado por su fracaso político, las Fuerzas Armadas no tenían ánimo para entender al extraño enemigo que tenían al frente. Por otro lado, Sendero estimuló el racismo de algunos oficiales criollos que despreciaron a todos los cobrizos entre quienes se escondían los *terrucos*. Esos



miedos extremos estuvieron en la base de los abusos contra los derechos humanos de la población civil. La estrategia de tierra arrasada en el campo se justificaba porque los uniformados no sabían a quién dispararle y sí se sentían extremadamente vulnerables.

En ese momento el Ejército percibió que Sendero se estaba aliando a los *narcos* y entendió que ese vínculo debía evitarse porque la experiencia colombiana mostraba cuán peligrosa puede ser esa relación. Por ello, el Ejército se adelantó y empezó a cobrar cupos a cambio de protección para aislar a Sendero y el MRTA, que también había entrado a la guerra. Estas prácticas degradaron la moral de muchos integrantes de las Fuerzas Armadas, que ya estaba a la baja fruto de los abusos contra la población civil de sectores populares. Ambos efectos eran consecuencia de la estrategia adoptada para combatir al desafío senderista y produjeron un quiebre en la calidad profesional de las

Fuerzas Armadas. Para todo esto, los bajos sueldos provocaban que muchos oficiales de primera línea pasaran adelantados al retiro. El resultado fue un retroceso muy evidente del nivel de las Fuerzas Armadas.

### La labor de la Policía y la nueva estrategia de las Fuerzas Armadas

Luego, la Policía entendió el funcionamiento y la estructura orgánica de Sendero y golpeó a su cabeza. La DIRCOTE constituyó un núcleo de inteligencia que siguió exclusivamente a la cúpula senderista, estuvo varias veces muy cerca y finalmente capturó a Abimael Guzmán en setiembre de 1992. Fue la Policía quien logró el golpe fundamental que terminó con la guerra. Tratándose de una fuerza auxiliar, su triunfo no tuvo el peso suficiente para transformar positivamente al conjunto de las Fuerzas Armadas.

El Ejército también participó de la victoria porque afinó su estrategia y ganó al campesinado, poniéndolo del lado del

Estado contra la subversión. El Ejército distribuyó armas entre las rondas y manejó el conflicto protegiendo a comunidades que se volcaron en forma general a favor del Estado. Pero, no obstante los aciertos, el rumbo futuro fue definido por los abusos contra los derechos humanos y la alianza con el narcotráfico. Esta presagiaba el despliegue de la corrupción política.

Así, si Velasco había sido heredero indirecto de las guerrillas del sesenta, Vladimiro Montesinos era hijo de las transformaciones negativas de las Fuerzas Armadas para enfrentar a Sendero. La corrupción generalizada en el vértice del poder y la falta de escrúpulos para violentar los derechos humanos habían sido puestas en marcha para derrotar a Sendero. Luego, se hicieron dominantes y el monstruo de Abimael nos dejó al engendro de Vladimiro. No por casualidad se entendieron personalmente con facilidad; hubo empatía entre ambos e intercambio obsequioso de regalos. Se reconocieron como pares. Eran hijos de la misma tara. ▲

1 Blanco, Hugo: *Tierra o muerte: Las luchas campesinas en el Perú*. México: Siglo XXI, 1979.

2 Béjar, Héctor: *Las guerrillas de 1965: Balance y perspectivas*. Lima: PEISA, 1973.

3 Degregori, Carlos Iván: *El surgimiento de Sendero Lumino: Ayacucho 1969-1979*. Lima: IEP, 1996.